





# ODRADEK

# Encerrados

Hace algo más de sesenta años Borges postulaba que tal vez el mejor modo de pensar los géneros literarios fuera estudiar la formulación de un problema y su resolución a lo largo de su historia. El problema que Borges presentaba por esos años era el del cuarto cerrado en la novela policial. Primer problema en la historia del género (“El enigma de la calle Morgue”), el cuarto cerrado permitiría estudiar la evolución del género a través de sus variantes. La tesis de Borges remite a la historia interna de los géneros, pero podría intentarse el experimento de pensar el encierro como una herramienta que permita distinguir las operaciones constitutivas de otros géneros.

Podríamos empezar entonces, por el enigma del cuarto cerrado. Si se analiza el problema en términos formales se verá que alrededor de ese espacio (un vacío de sentido) confrontan las fuerzas que guían el relato. Tanto la policía como el detective (y, en la mayoría de los casos, el asesino) permanecen fuera del espacio y alrededor de él se determina la acción. En este sentido, la estructura característica del género (que despliega fuerzas que pugnan por establecer un sentido para hechos que se presentan como un vacío de sentido) se espacializa en el caso del enigma del cuarto cerrado.

# Monoambiente

Si alguno conoce a un amigo, cuyo tío, esté casado con la vecina, de una prima, que es amiga de un amigo del hermano, de un compañero de primaria, compañero que tiene un departamento o PH o casita o lo que sea de 1 ambiente que quiere alquilar...me avisa.

Desde ya, mil gracias.

# Encuentro

La historia que voy a narrar me fue transmitida, poco tiempo atrás por un mozo del bar en el cual nos reunimos habitualmente para definir el destino de la revista Odradek. Recuerdo que el muchacho se me acercó y me dijo “Quintero, sé que usted escribe sobre cuchillos” y comenzó su relato que, a menos de algunas omisiones y agregados involuntarios, producto de los misteriosos mecanismos de la memoria, voy a reproducir. Tal vez en manos de otro escritor, este relato se llenaría de rasgos melodramáticos que podrían llevar inclusive a ubicarlo en algún otro rincón del planeta. Pero los hechos ocurrieron en Buenos Aires, y allí los dejaré.

Oscar Garmendia atendía un quiosco de revistas sobre la calle Pueyrredón. El frente entero, ocupado por publicaciones de temáticas diversas, podía verse desde uno de los ventanales del bar Guaraní, ubicado estratégicamente en una importante esquina de la mencionada arteria. Garmendia completaba sus inquietudes personales coleccionando cuchillos, obtenidos a lo largo de años de viajar asiduamente al interior del país, ya sea por trabajo (su familia poseía algunos campos) como por turismo. Cierta día se encontraba el canillita mostrando a uno de sus habituales clientes, un portero de un edificio cercano, su más reciente adquisición. Se trataba de un puñal que, según informaba Garmendia, era una reproducción casi exacta de la mítica daga de Juan Moreira, quien en algún momento fuera el arquetipo del gaucho, como después lo fueron Martín Fierro y Don Segundo Sombra. Se trataba de un arma larga, cuya característica principal era una importante defensa, o “gavilán” en forma de U.

El relato de Oscar fue interrumpido por un grito que, después de varios intentos, fue posible ubicar viniendo desde el interior del bar. Uno de los clientes insultaba a Garmendia y lo amenazaba con un cuchillo de mango de madera, en cuyo filo se observaba una representación de un

Domicilio Desconocido

donde esconderse o desde donde atacar. La persecución (y la emboscada) entonces se torna el modo característico de la relación entre las fuerzas encerradas. La paranoia se dispara, porque la amenaza se esconde en cualquier recoveco de un espacio que siempre hay que volver a recorrer para verificar si las fuerzas enemigas han cambiado su posición. Aquí el recorrido por el espacio resulta central para el relato. Paranoia, persecución, encierro: el relato de terror encuentra su forma característica en esta dinámica espacial. Y en la casa embrujada y sus derivados un motivo característico.

La modalización específica de estas fuerzas en relación al espacio que cada uno de estos géneros hace tal vez permita explicar la recepción de algunos textos nodales de estos géneros. La pregnancia de un film como *La noche de los muertos vivos*, por ejemplo, puede explicarse a partir de la reformulación de la configuración espacial característica del género de terror (de la casa embrujada al sitio; del espacio confuso a la nitidez de la frontera).

Tal vez Borges hubiera desaprobado la exhibición de vísceras en una película de zombies. Tal vez, también, la haya predicho.

**Ezequiel De ROSSO**

**Majo L.T.**

árbol. Tal vez fuera por poseer un arma comparativamente mejor que la de su adversario, o simplemente por no querer quedar en la historia como un cobarde. Lo cierto es que Garmendia salió de su pequeño cubículo de revistas, en dirección a la puerta del bar por la que estaba saliendo el cliente. Ambos se amenazaban mutuamente con sus armas, y no pasó mucho tiempo hasta que una cantidad considerable de personas rodeara a los contrincantes mientras que estos daban vueltas, empuñando sus armas con una mano y protegiéndose de potenciales ataques con la otra. Tal vez la densidad poblacional de esta Buenos Aires del siglo XXI, o a lo mejor la facilidad para la comunicación, hicieron que antes de la primera estocada, más de cinco policías se encargaran de separar a los contendientes. Cuando fueron interrogados sobre el origen de semejante contienda, ninguno de los dos adversarios pudo encontrar un hecho en común. Se justificaron diciendo “me saqué”, frase muy utilizada en estos tiempos en los cuales el sentido de las palabras tiende a desaparecer. Una explicación un poco mas poética deja a los hombres en un segundo plano y pone a las armas como verdaderas protagonistas de la lucha. Se habían buscado largamente, por los largos caminos de la provincia, y por fin se encontraron cuando sus gauchos ya eran polvo. En su hierro acechaba y dormía el rencor humano.

-Las cosas duran más que la gente -dijo el mozo- Quién sabe si la historia concluye aquí, quién sabe si no...

-Un agua con gas y una traviata con poco queso -interrumpió Germán García mientras apoyaba sobre la mesa un libro sobre el sexo de los ciegos en Hungría.

**Mariano QUINTERO**

# ODRADEK

# Domicilio Desconocido

Año III - Mayo 2009 - Número 34

Muestra gratis

*- Bueno, ¿cómo te llamas?*  
*- Odradek- dice él.*  
*- ¿Y dónde vives?*  
*- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

# Cuentos seniles: Conspiraciones

Un nuevo aniversario de egresados nos congregó. Allí estábamos Horacio, Alejandro y yo. Contrariamente a lo que podría suponerse cuando nos juntamos los muchachos de nuestra edad, no se habló de enfermedades ni de los que ya se han ido, o sí, sí se habló pero de una forma muy distinta de lo que podría imaginarse.

Horacio asegura que los médicos han encontrado la forma de hacer que todos sean sus pacientes. Los enfermos para curarse y los sanos para realizarse chequeos, nadie se puede escapar. Menos él, claro, porque Horacio dice que descubrió que las enfermedades, todas las enfermedades, sostiene, tienen cura. Es más, dice, la cura la conocen en Estados Unidos, y la prueba está en que cuánto hace que no se muere un presidente de EEUU en ejercicio. Van de acá para allá, ordenan un bombardeo en oriente, un bloqueo en occidente, corren con el perro, se fuman a las becarias y nada. Yo tenía un negocio a la calle y cada vez que iba al médico porque me dolía algo me decía que tenía que aflojar las tensiones, que así no me iba a aguantar el bobo, contaba Horacio. Cómo aguantan los presidentes americanos, se pregunta. Según él también los nazis conocen el secreto y por eso viven cien años y andan algunos chocheando por Córdoba o

propio mundo.

Repito: no hay nada más irregular que nosotros. Sin embargo, este lenguaje florido nos ha traicionado. Si me incluyo con otro en la forma verbal, se pierden las irregularidades de la raíz. Basta pensar, justamente, en un verbo de los que la cambian. Como ya abusé de uno de ellos lo sigo usando: “pensar” funciona como yo **pienso**, en cambio, nosotros pensamos. De un plumazo la raíz de nosotros queda inmutable como la del infinitivo. ¿Será acaso un intento por mantener la ilusión de que los dos pensamos lo mismo?

Salvo por un minúsculo grupo de verbos que cambian por completo, el pretérito perfecto -nombre inmerecido- le tiende una trampa a cualquiera que quiera hablar de “nosotros”. Si los verbos que necesito para hablar de mí junto a este gran otro son de la primera o la tercera conjugaciones -y no quiero usar refuerzos circunstanciales como “hace mucho tiempo”, “ayer”, “ahora mismo” o “siempre”-, no sólo tengo el problema de la raíz que de pronto finge ser regular, sino que además, las formas del pasado y del

por Bariloche.

Alejandro dijo que esos son longevos porque los que hacen el mal sin preocuparse, crean anticuerpos, son insensibles a todo. Y de alguna forma que a su señora, Graciela, no le hubiera gustado, desembocó, acaso aprovechando que Graciela no lo podía escuchar, en su teoría sobre el genocidio más grande de la historia. Señaló disimuladamente la mesa de al lado, donde por lo menos veinte chicas de nuestra edad egresadas del Normal festejaban su aniversario de graduación. Ahí las ves, dice, la mayoría viudas. Antes nos mandaban a morir en las guerras. Ahora nos más sutiles, conciben métodos más lentos pero igual de eficaces. Hacé tu propia estadística, cuántas viudas conocés y cuántos viudos, me desafia. Pero de eso no se dice nada. Se habla de la violencia de género, muere una mujer a manos de un loco, o de un justiciero, lo mismo da, y sale en los diarios, en la televisión lo sacan que parece que tuviéramos la culpa todos los hombres, y mientras nosotros, uno a uno vamos cayendo, en silencio. Eso tendrías que escribir vos en Odradek, se enoja Alejandro, deberías denunciarlo, me dice, y yo me quedo pensando.

**Roberto GARRIZ**

presente coinciden. “Nosotros vivimos en Mataderos”, me dijo. Y yo, robándole a mi analista el vicio de aclarar las cosas con preguntas, expuse de inmediato “¿Pero estás loco, cariño? Nosotros vivimos en Flores”. Él quería hablar de un nosotros en pasado, de un nosotros que no me incluía a mí para formar el plural.

Que el paradigma verbal cambie es un poco engorroso para llegar al acuerdo entre todos los hispanoparlantes. Pero lo que me propuse a mí misma y a él fue que el que enuncia haga su enunciado siempre en singular y que el otro vaya en oración aparte o como circunstancial de compañía. De esta forma me evito los celos irascibles de que un fantasma de su pasado pueda hacerse presente, me evito la obsesión de tener que saber qué piensa, me alivio al recordar que nuestra raíz es diferente y confirmo, con cada “nosotros” que transformo en un “yo con él”, que nosotros somos dos-otros en un diálogo para el que, a veces, no hay palabras.

**Silvina GRUPPO**